

tanto vigor infundiéra en los ánimos de los hombres vestidos de frágil carne, débiles y miserables como nosotros.

Renazca, pues, entre nosotros la devoción á esta Madre tiernísima, rodéense sus altares con nuestros obsequios, promúlguese sus beneficios, y celébrense las glorias de su nombre. En medio de la noche de nuestros días abrámonos paso, volviendo los ojos á la luz que á su alrededor esparce continuamente María para sus devotos; en medio de tantos enemigos, que procuran aletargar nuestra virtud, descansemos en la grata esperanza de las gracias, de que María ha sido siempre manantial inagotable; á las olas furibundas del vicio y del error, con las cuales el Infierno procura precipitarnos en el naufragio, opongamos la barrera invencible del poder de María. Poniendo bajo su custodia la salvación de nuestras almas, y haciendo de su ternura el más precioso de nuestros bienes, podremos confiar en el delicioso gozo de poseer un día aquella bienaventuranza y aquella gloria, á que nos llama el título honrosísimo de hijos de María. Y en verdad, que si María nos protege, podemos regocijarnos de nuestra suerte, porque Ella es el Arco de la paz y nos hace amigos de Dios; es el Arco de la victoria y nos muestra vencido á Lucifer; es el Arco de la fortaleza, y nos ofrece toda la fuerza necesaria para subir al Paraíso.

NUESTRA SEÑORA DE LA AURORA.

*Quæ est ista, quæ progreditur
quasi aurora consurgens?*

¿Quién es esta que va subiendo
cual aurora naciente?

(CANT. VI, 9.)

Era muy entrada la noche, y al patriarca Jacob, que de la Mesopotamia se dirigía á su país natal de Canaán, le apareció un ángel en figura humana. Llamado á la lucha, combatió el patriarca contra aquel desconocido; y durante largo rato luchó en suerte varia, sin resultar vencido ni vencedor. Entretanto, oscureciéndose el esplendor de las estrellas, empezaba la aurora á iluminar los dilatados campos del espacio, cuya aparición fué como la señal que indicaba el fin de aquella lucha.

Este hecho, segun lo explican varios intérpretes de los libros sagrados, encierra un misterio. En la lucha sostenida por el ángel contra Jacob vislumbran un símbolo de la lucha sostenida por muchos siglos entre Dios y el hombre; y en la aurora, por la cual terminó toda querrela, notan un símbolo de María, que apareció ministra de misericordia y de paz. Es indudable que las cosas cambiaron de aspecto con la venida de María. Dios, que se había encerrado en la magestad de su justicia, sonrió viendo esta hermosa hija de Sion, y apartó la mirada de las saetas de muerte que centelleaban á los piés de su trono. El hombre, luego que reconoció el error en que cayera por la culpa, volvió sus ojos al Cielo; y rehabilitado para concebir y abrigar nobles sentimientos, comprendió la grandeza de su vocación. Así tuvo fin la lucha; y por María se dió fausto principal al reino de la concordia y del amor.

Por consiguiente, debiendo hoy hablaros de María venerada bajo el título de Nuestra Señora de la Aurora, creo no iré fuera de pro-

pósito comentando lo acontecido entre el ángel y Jacob. Describiéndolos la figura, vendreis en conocimiento de lo que designaba; y presentándoos aquella aurora, tendré ancho campo para mostraros á María, á la que en este día saludamos especialmente con el nombre de Nuestra Señora de la Aurora. Imploramos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Era de noche cuando Jacob luchó contra el ángel; y noche era también ántes de la aparición de María. Como que entónces el Sol de justicia no había aún aparecido visiblemente en el mundo, el género humano veíase rodeado de sombras más profundas que las que cubrieron á Egipto. Lucifér, por el pecado de Adán, triunfaba, y á fin de que su triunfo fuese permanente, hasta el punto de extinguir en los hombres todo recuerdo de su origen, y alejar toda sospecha de haber sido precipitados en la esclavitud, había extendido sobre la tierra un espeso velo. Reinaba la oscuridad en el humano entendimiento, y hasta el punto de quedar casi del todo eclipsado el débil rayo de luz que quedaba en él; no se descubría en la infernal serpiente ninguna nota de infamia y de inmundicia, ántes bien se le agasajaba como bienhechor y amigo. Reinaba la oscuridad en la voluntad; y alucinada ésta por el lisonjero aparato de las pasiones, cortesana, ensoberbecida, libidinosa y tirana, aún cuando descubría el bien, seguía el mal, siempre esclava de costumbres nefandas. Reinaba la oscuridad en el corazón, que, entregado al vicio, le era tan indiferente la verdad, que casi amaba el engaño; tan poco sentía las suaves delicias del amor, que gozaba en las orgías de la impudencia y en medio de la disolución. Y esta oscuridad, ó noche, acrecentada con una religión sometida á los sentidos, con la universal corrupción de los tiempos, no era, ni podía ser desvanecida por la aparente seriedad del Areópago, por el inusitado lujo del Pórtico, por las continuas dudas de la Academia, por la impostura de los oráculos, ni por el interés de los ministros. No obstante, Dios se hallaba en medio del mundo, y el mundo no le conocía; ó más bien, todo era Dios en el mundo ménos el verdadero Dios. Esta primera verdad, sin la cual no puede quedar en pié ninguna otra, era también un problema; y si los sábios del paganismo llegaron á conocer su existencia, desfiguraban su naturaleza con mil caprichosos errores. No cabe duda, pues, que ántes de la venida de María una profunda noche extendía sus tinieblas sobre la tierra.

En la noche de que se habla en el Génesis, Jacob luchó contra el

ángel; y en la noche de que hemos hecho mérito, Dios luchaba con el hombre. Por un lado, se levantaba el hombre contra Dios con sus pecados; y siempre audaz, siempre malvado con sus continuas culpas, parecía insultar á la misma omnipotencia divina. Por otra parte, Dios agravaba su mano sobre el hombre; y su justicia, irritada por tantos excesos, la hediondez de cuyas inmundicias subía hasta las esferas, arrojaba de un modo espantoso sus vengadoras saetas. Por consiguiente, si el hombre empujaba adelante la obstinación de Babilonia, las blasfemias del Egipto, las bacanales de Pentápolis, toda la impía audacia de la raza de Caín; Dios enviaba á veces inundaciones, á veces el fuego, cuando terremotos que devastaban horriblemente á los países más prósperos y á las más aguerridas naciones. Los profetas que presenciaron esta lucha, se horrorizaron; y queriendo describirla con sus versos á los venideros, no hallaron palabras á propósito, ni frases bastante expresivas. Dijeron, pues, con mucha razón, que la malicia del hombre había llegado á tal punto, que el hurto, la mentira y el adulterio dominaban la tierra por todas partes; y que los crímenes de los hombres provocaban de tal manera la ira de la divina justicia, que las columnas del firmamento temblaban bajo sus piés, las nubes se rasgaban á cualquiera de sus movimientos, y caían del cielo carbones de ardientes llamas.

Y si la lucha entablada entre Jacob y el ángel terminó al aparecer la aurora, otra aurora debía terminar la lucha empeñada entre el hombre y Dios. Esta aurora, mediante la cual, disipadas las tinieblas de la noche, debía despedir nueva luz á los ojos de los mortales; esta aurora, que, al cabo de cuarenta siglos de profundas tinieblas, debía anunciar á los hombres próxima la aparición del suspirado Sol de justicia; esta aurora, hácia la cual se volvieron todas las pupilas de los Profetas, á la cual se unían todas las promesas de los Patriarcas, en la cual se fundaban todas las esperanzas del Universo; esta aurora tan suspirada, tan bella, tan benéfica, con tantos votos deseada, esta aurora es María.

¡Oh María! Tú fuiste representada bajo los más variados colores, bajo las más exquisitas imágenes. Te describieron en los frutos de las plantas más hermosas; te simbolizaron en los preciosos perfumes preparados por el arte ó que son obra de la naturaleza; los profetas de Israel te señalaron con comparaciones llenas de gracia y de dulzura, con ornamentos magníficos en riqueza y esplendor. Pero todo esto que pertenece á la tierra, era inmensamente inferior á Ti; y las vírgenes de Jerusalén con un grito unánime de admiración, viendo

en tu rostro los brillantes colores de los primeros rayos del día, exclamaron: ¿Quién es ésta que se adelanta como la aurora: *Quæ est ista, quæ progreditur, quasi aurora consurgens?*

En efecto, hermanos míos: así como la aurora empieza por resplandecer, y á medida que avanza crece en luz hasta tanto que se une con el Sol; así María, pura desde su concepcion, creciendo, creció en la pureza hasta que tuvo en sí al mismo autor de la pureza, que es Jesús. Así como la aurora, iluminando las cosas, hace que las fieras que recorren los campos se retiren á sus madrigueras, y el peregrino, que por temor á ellas, no se atrevía á moverse, libre y atrevido prosiga su camino para llegar á su pátria, también María, dando á la tierra á Aquel que debía iluminar á todos los hombres, hizo, que alejadas las tinieblas de la ignorancia, los demonios no pudiesen permanecer tranquilamente en medio de los hombres, y de esta suerte los hombres no tuviesen tanto miedo á sus terribles adversarios. Así como la aurora anuncia el día natural, María nos anunció el día de la salvacion; y pasados los días de la desolacion y de la muerte hizo, que empezasen á brillar los de la misericordia y del amor.

Y con el nombre de aurora la saludan con frecuencia los escritores eclesiásticos. Cuando nació la Virgen, dice el devoto Roberto, entonces se levantó para nosotros la verdadera aurora, porque así como la aurora pone fin á la noche y dá principio al nuevo día, del mismo modo el nacimiento de María fué el término de nuestras desventuras y el fausto principio de nuestro consuelo. Y San Bernardo, dirigiéndose á la misma beatísima Virgen, le decía: verdaderamente, oh María, cumpliste el oficio de la aurora.

Permitidme, hermanos míos, que pase en silencio los demás testimonios que podría invocar de los Padres y de los Doctores sobre la misma materia. Su número es tal, que bastan para llenar un largo discurso; son tan bellos, que, queriendo escojer entre todos, no se sabría cuál escojer ni cuál dejar. Por lo tanto diré: que esta palabra con que María es llamada Aurora, se halla escrita en todos los sagrados libros, en todas las tradiciones, en todos los corazones cristianos; y si pudiesen ser evocadas todas las generaciones pasadas, éstas, con el mismo título, llamarían á María piadosísima Aurora. Diré: que María es aurora, porque fué el alba de la mañana de la verdad, el principio del día de la fé, habiéndonos dado á Jesucristo, que es luz eterna. Diré: que María es aurora, porque precedió al suspirado Sol, y solo aparece por primera vez en el Evangelio en inmediata relacion

con el Salvador, verdadero Sol de los hombres. Diré: que María es aurora, porque si la aurora nada pierde de su integridad con dar á luz al rey de los astros, Ella nada pierde de su pureza con dar á luz al Rey del Cielo. Diré: que María es aurora, porque si ésta al paso que es producida por el Sol, anuncia al mismo Sol, Ella, al paso que es la Hija de la gracia, pasa á ser la Madre del mismo autor de la gracia. Diré, finalmente: que María es aurora, porque así como la lucha entre el ángel y Jacob no terminó sino á la aparicion de la aurora, del mismo modo la lucha entre Dios y el hombre terminó á la aparicion de María.

Y sin duda, desde aquel instante, Dios dejó de ocultarse entre las nubes, de abrir las cataratas del firmamento, y de afilar la espada de su ira sobre las naciones prevaricadoras; y se aproximó de tal manera á los hombres, que por ellos se hizo pequeñuelo, se hizo niño. Y los hombres, por su parte, no fueron ya aquellos que entregados á las infamias de la idolatría desconocían torpemente la divinidad. Y los Apóstoles, por la gloria de Dios, emprendieron una obra, á que no hubieran podido llegar los filósofos más renombrados por su saber, los oradores más elocuentes, ni los príncipes más poderosos; los mártires, para defender la causa de Dios, no enmudecieron á la vista de las cárceles, de los ecúleos, ni de la segur; los confesores, para celar el honor del nombre de Dios, hicieron siempre profesion de ser discípulos del adorable celestial Maestro con la práctica de todas las virtudes evangélicas; las vírgenes, para amar con todo afecto á Dios, desprendieron su corazón de todo vínculo terreno, y consagraron toda su actividad al servicio del Señor y á las obras buenas; finalmente, los Santos, con el anhelo de extender el culto de Dios, hicieron enmudecer al mundo con el heroísmo de sus sacrificios y con los prodigios de su humildad. Así pues, por María, Dios descendió hasta el hombre, y el hombre se elevó hasta Dios; Dios y el hombre se unieron juntamente, se estrecharon, se abrazaron, se besaron con el beso de la paz, y cesó toda lucha, tuvo fin toda riña. Por lo tanto, habiéndose verificado en Ella lo que en otro tiempo figuró la aurora de Jacob, está claro que esta aurora mensajera de alegría y de amor es María.

Las palabras del ángel que representaba al supremo Señor manifiestan, que Dios se dejó vencer por la aurora, ó más claramente, por María, de la cual era figura la aurora. Si el ángel se declaró vencido por la aurora á su aparicion, esto significa que Dios fué vencido por María con su nacimiento. En verdad, Ella, con tales afectos hirió el

corazon divino apenas fijó en él su primera mirada, apenas le dirigió el primer suspiro, que Dios aceleró su venida á la tierra.

Ahora, entre las muchas cosas que me faltarían exponer, volviendo al relato bíblico, me concreto solo en dos puntos, porque tambien estos nos señalan en María la vaticinada aurora. En efecto, Jacob no quiso dejar al ángel sin que hubiese recibido ántes, en la naciente aurora, dos grandes beneficios: la luz en el entendimiento, y la purificacion en la carne. Entónces le fué impuesto el nombre de Israel, que significa hombre que ve á Dios, y, por consiguiente, recibió tanta luz en el entendimiento que le fué posible elevarse al conocimiento de las cosas celestiales; entónces, habiéndole tocado el nervio femoral del muslo, quedó cojo, tuvo como un freno al lado, y así sintió purgada su carne de las perversas inclinaciones á que estaba sujeto por la humana flaqueza.

Estos dos beneficios nos vinieron tambien por la nueva aurora María. Nacido Jesús de Ella, fué luz de todos los hombres, y los entendimientos que iban á oscuras entre la ignorancia y el error, se vieron prodigiosamente iluminados: comunicó fuerza regeneradora á todos los corazones; y animados éstos de un nuevo espíritu, llenos de nueva gracia, supieron mortificar la concupiscencia carnal, y romper el hielo de aquella malicia con que habíanse endurecido.

La familia que creció á la sombra de Belén y del Calvario, fué más escogida que cuantas habian salido de la Grecia y del Lacio: fué la más fuerte entre todas las que fueron admiradas en todos los tiempos. Enmudecieron la multitud de oráculos, callaron las tan ponderadas doctrinas de los filósofos, cayeron desacreditadas las glorificadas empresas de los étnicos; y maravillada la historia, escribió que entre todos los pueblos se elevaba lleno de luz y de vigor el pueblo cristiano. Aún sin mencionar aquí la salvacion conquistada á precio de la vida del Redentor, ¿de qué beneficios no fuimos colmados por esta fuerza y luz que se nos infundió? ¿Qué progreso maravilloso no ha hecho la humanidad por sus enseñanzas? ¿Qué mejoramiento intelectual y moral no nos vino al mundo por el Evangelio? ¿Qué prodigiosa trasformacion no realizó el árbol de la Cruz? Su doctrina impide hoy más el progreso del mal, que no son capaces de reprimir todas las leyes humanas; produce ahora más actos de virtud en un solo día, que los que pudo inspirar toda la pomposa sabiduría de la decantada antigüedad.

Verdad es, que estos dones nos vinieron por Jesús; pero lo es, igualmente, que si debemos atribuir á Jesús el cumplimiento de es-

tos dones, su principio débese á María. Fué su palabra, su consentimiento, su *fiat* lo que hizo descender al Salvador en medio de nosotros; y, por consiguiente, en su palabra, en su consentimiento, en su *fiat* hallamos la causa de aquellos beneficios, que por medio del Salvador alegraron á los pobres hijos de Adán, y dieron la paz suspirada por tantos siglos á la humanidad enferma. Por lo tanto, la luz y la fuerza con que, al aparecer la aurora, fué colmado Jacob, eran símbolos de la luz y de la fuerza con que serian enriquecidos los hombres á la aparicion de María; y tambien por esta parte nos es fácil reconocer en aquella aurora la púdica y generosa Virgen de Nazareth.

Además, falta añadir, que si los beneficios otorgados á Jacob por la aurora se limitaron tan solo al afortunado Patriarca, los beneficios concedidos por María se extienden más allá, y se multiplican á cada instante. Por Ella nos viene la gracia habitual, que nos saca de la culpa y nos santifica; por Ella se difunde la gracia actual, que á cada instante nos mueve á obrar bien. Ella, con su gracia, nos ilumina la mente y nos mueve la voluntad, nos hace empezar y concluir cualquiera obra buena. Sin el poder de su proteccion los espíritus infernales alcanzarían contra nosotros cierta victoria; sin los poderosos auxilios de su patrocinio no podríamos salir del lodazal de la culpa. Fué por Ella que los Santos, superiores á todas las asechanzas terrenas, lograron subir á los tabernáculos de la bienaventuranza inmortal; es por Ella que las almas justas, por más que las combatan poderosos enemigos, perseveran firmes en sus rectos propósitos. Más que Jacob, pues, debemos dar acciones de gracias á esta Aurora y mostrarnos más agradecidos que él á su inagotable misericordia.

¡Ah! que todos los lábios canten el himno de la gratitud á Aquella que nos arrancó de las miserias, concediéndonos por medio de Jesús el tesoro de la divina gracia, que tan infelizmente habíamos perdido. Regocijese todo corazon en el día consagrado á Aquella, que puso fin á la guerra y estableció la amistad entre Dios y el hombre. Nos hubiera sido mejor no haber vivido que vivir privados de estos bienes, que encierran en ellos todo bien, y sin los cuales nada hay que merezca estima alguna. Y María, no contenta con habernos dado lo que nos era tan necesario, y alcanzado de nuevo la gracia perdida, hace tambien que se derramen diariamente sobre nosotros las divinas misericordias, y se nos colme abundantemente de riquezas celestiales. Tributémosla, pues, los obsequios de nuestro afecto, reconozcámosla por Aquella que nos dió la vida, venerémosla como la Aurora de nuestra regeneracion espiritual, procuremos vivir de modo que

seamos dignos de sus gracias y merecedores de su proteccion. Al salir la aurora, Jacob tuvo iluminado el entendimiento y fortalecido el corazon contra los asaltos de la concupiscencia; y por medio de María tendremos un vigor capaz de triunfar de todos los enemigos del Infierno, y recibiremos una luz que nos hará llegar á los magníficos tabernáculos del Paraiso, que á todos deseo.

NUESTRA SEÑORA AUXILIO DE LOS CRISTIANOS.

Ne declines: confortavi te, et auxiliatus sum tibi.

No te desvíes: pues yo te he confortado, y te he auxiliado.

(ISAÍ. X, 41, 10.)

La sabiduría mundana suele tildar de exageraciones y de hipóboles cuanto dicen los cristianos acerca del Patrocinio de María. Insensible á las suavísimas enseñanzas de la fé y á los preciosos recuerdos de tradiciones respetables, no sabe en su orgullo inclinarse á creer, que la Reina de los Ángeles haya atendido en todo lugar y tiempo á nuestras miserias, y que la augusta Emperatriz del Paraiso se ocupe con solicitud maternal en socorrer, en las más difíciles circunstancias, las almas fieles que invocan su proteccion. No obstante, los hechos tienen más eficacia que las palabras; y aquellos mismos que se obstinan en no creer lo que ha llegado á sus oídos, no pueden siempre negar lo que ven con sus propios ojos. Hé ahí, hermanos míos, porque debiendo hoy, con motivo de la fausta alegría de estas pompas devotas, hablaros de María, saludada con la amorosa invocacion de Auxilio de los Cristianos, no aduciré otras pruebas que las sacadas de hechos notables y gloriosos. En verdad, fueron estos hechos los que en sus adversidades indujeron á los cristianos á dirigir ardientes súplicas á su generosa Bienhechora; fueron estos hechos los que les impulsaron á invocarla con un título, que encerraba todo cuanto esperaban y obtenían de la misma, el título de Auxilio de los cristianos: *Auxilium Christianorum*.

Cuyo título, celebrado ya en aquella corona de conmovedoras y sublimes invocaciones, conocida con el nombre de Letanía lauretana, y repetido de continuo con mayores aplausos por los nuevos y admirables prodigios obrados por la proteccion de María á beneficio del pueblo cristiano, así como es el objeto de la presente festividad, nos